

# El Preste Juan y el rey león de España en el *Libro del infante don Pedro de Portugal*. Contextos y significado

Víctor DE LAMA DE LA CRUZ  
Universidad Complutense de Madrid  
[victordelama@pdi.ucm.es](mailto:victordelama@pdi.ucm.es)  
<https://orcid.org/0000-0002-6497-3253>

## 1. UN *BEST-SELLER* IGNORADO O DENOSTADO POR LA CRÍTICA

La recepción del *Libro del infante don Pedro de Portugal* es una de las más fascinantes de la literatura española<sup>1</sup>. Publicada en Sevilla en 1515, la obra se consideraba compuesta en los primeros años del siglo XVI. Las circunstancias culturales e ideológicas que se fueron sucediendo propiciaron que a mediados del siglo XVI el *Libro* fuera utilizado por los niños como cartilla de lectura<sup>2</sup>. Más chocante nos resulta hoy que, a mediados del siglo XVIII, la censura oficial prohibiera el *Libro del infante*, junto a otras dieciséis obras populares, por considerar que era una ficción aberrante<sup>3</sup>.

En el siglo XIX los primeros historiadores de la literatura empezaron a interesarse tímidamente por la obra. Las caprichosas aventuras que se contaban en el *Libro* inclinaron a Pascual de Gayangos (1875) a incluirlo en su «*Catálogo razonado de los libros de caballerías*», en tanto que sus contenidos y su forma de difusión propiciaron que Menéndez Pelayo lo considerase como «literatura de cordel». Todo ello contribuyó a que el *Libro del infante* fuera menospreciado como obra literaria y quedara en los márgenes del canon. Así, el mencionado crítico lo consideró

---

<sup>1</sup> Este librito, de unas treinta páginas, no dejó de reimprimirse en español tras la edición *princeps* impresa en Sevilla (Jacobo Cromberger, 1515) y un siglo después también en portugués cuando apareció publicada la primera traducción a este idioma en Lisboa (Antonio Alvarés, 1602), de manera que hay catalogadas unas ciento sesenta ediciones del *Libro del infante* y del que siguen descubriéndose ediciones desconocidas hasta ahora (Sánchez Lasmarias 2008: 2 y García Sánchez 2010: 373-376). Entre las descubiertas más recientemente la de Sevilla de 1539 (Lacarra 2022: 147).

<sup>2</sup> Tal como declaraban algunos impresores sevillanos en 1560 que se quejaban de no poder imprimir la obra por ser anónima; el mismo uso tenía cien años después, según testimonio del portugués João Franco Barreto (1600-1674) (Lacarra 2022: 149).

<sup>3</sup> El proceso fue estudiado entre otros por François Lopez y por Víctor Infantes (Lacarra 2022: 153-154).

falto de originalidad («Quien haya leído a Mandevilla nada encontrará de original en nuestro libro de cordel, salvo ser mucho más confuso y disparatado el itinerario») y su juicio debió de influir mucho en su tiempo<sup>4</sup>. A lo largo de su dilatada historia editorial la crítica no comprendió el sentido que en el *Libro del infante don Pedro de Portugal* podía tener un argumento tan apartado de la historia real del protagonista y lleno de «mentiras».

## 2. LA REIVINDICACIÓN DEL *LIBRO DEL INFANTE DON PEDRO DE PORTUGAL* EN SU CONTEXTO HISTÓRICO

En los últimos años la crítica ha empezado a valorar las cualidades del *Libro del infante* pasando a ser considerado uno de los más interesantes libros de viajes medievales. Su revalorización partió sobre todo del artículo de Harvey L. Sharrer, de 1977, en que demuestra que la obra circulaba ya por la Península cuando Lope García de Salazar compuso su *Libro de las bienandanzas y fortunas*, entre 1471 y 1476, pues en él se menciona «la carta que él [el Preste Juan] envió al Rey don Juan segundo de Castilla con don Pedro de Portugal». Esta nueva datación permitió estudiar la obra en un contexto más preciso y descubrir valores y claves de interpretación que no se habían analizado adecuadamente<sup>5</sup>. En consecuencia, ciertos elementos que se habían leído como caprichosos en la obra cobraron nuevo sentido al reinterpretarlos como parte de un programa literario destinado tanto a enaltecer la vida, los hechos y el recuerdo del infante don Pedro (1392-1449)<sup>6</sup>, como a rehabilitar su labor política y la honra de sus descendientes. Y más en concreto la de su hijo el Condestable don Pedro de Portugal (1429-1466), que se había

<sup>4</sup> *Orígenes de la novela*, 1943, vol. II, cap. VII: 180. Algunos juicios de la época son muy elocuentes. Rogers, por ejemplo, recuerda que Menéndez Pelayo llamó a su autor «ignorante falsario» y Entwistle, «plagiario iletrado» de Mandeville (1960: 48).

<sup>5</sup> Entre ellas, la ejemplaridad cristiana del protagonista, ya destacado por Gómez Redondo (2002) y analizado en detalle por Roumier (2014). No debe extrañarnos que a mediados del siglo XVI, aprovechando esta ejemplaridad, y su brevedad, el *Libro* fuera utilizado como cartilla de lectura, lo cual no le salvó de ser prohibido por la Inquisición mucho después por las mentiras que contenía (Lacarra 2022).

<sup>6</sup> Recordemos que el *Libro del Infante don Pedro de Portugal* presenta una muy débil base histórica. Don Pedro, segundo hijo del rey Juan I de Avis, había recorrido entre 1425 y 1428 las principales cortes del centro y sur de Europa y sirvió al emperador Segismundo en sus campañas contra los turcos otomanos, así que ya en vida se divulgaron noticias de sus viajes y proezas. Y como nos refiere la *Crónica* del rey Juan II, había visitado a su regreso al rey castellano («por le ver e facer reverencia»). No debió de parecer extraña esta entrevista anotada en el *Libro*, ya que el encuentro existió realmente entre los dos primos carnales, como se decía en el *Libro* y como recordaba la *Crónica* del rey castellano («[El infante don Pedro] tovo camino por donde estaba el rey por le ver e facer reverencia, ca eran fijos de dos hermanas, fijas del duque de Alencastre, nietas del rey don Pedro de Castilla e del rey Duarte de Inglaterra») (citado por Gómez Redondo 2002: 3425). En efecto, el príncipe don Pedro era hijo de Felipa de Lancaster y Juan II de su hermana Catalina de Lancaster, hijas ambas de Juan de Gante. Pero mientras en la *Crónica* el encuentro se sitúa al final del viaje, en el *Libro* va al principio del mismo.

establecido en la corte castellana a raíz de la muerte de su padre combatiendo en la batalla de Alfarrobeira en 1449.

Estudiada en este nuevo contexto, la obra adquiriría un significado mucho más preciso, pero aún ofrecía elementos que no se habían analizado adecuadamente para lograr una interpretación cabal de la obra. Por un lado, el papel que adquiere en ella el Preste Juan en el contexto de la Península Ibérica o el tratamiento que se otorga en el *Libro* al rey castellano Juan II, primo carnal del infante don Pedro. Ambas materias constituyen el objeto del presente trabajo.

Pero antes de seguir adelante, debemos conocer de forma más precisa el contexto histórico en que nace la obra, para así descubrir los hilos que se van tejiendo entre realidad y ficción. Debíó de parecer oportuno elegir para la obra el argumento de un libro de viajes, aprovechando que el infante don Pedro había recalado entre 1425 y 1428 en las cortes de varios países europeos –Inglaterra, Flandes, Alemania, Eslovaquia, Hungría, Italia, Aragón y Castilla–, andanzas que fueron recordadas durante mucho tiempo en las cortes por las que pasó<sup>7</sup>. En la obra de ficción se dejaban de lado esos destinos europeos para que el infante y sus doce acompañantes, sobre una base caballerescas, realizara un periplo legendario, de profundo significado religioso por reinos cristianos de Oriente (Chipre, Armenia) y musulmanes después (el Turco y el gran Soldán de Babilonia sobre todo), que confiriera al protagonista una autoridad ejemplar. Por ello, no debe extrañar que el *Libro del infante* haya sido considerado sucesivamente obra caballerescas, viaje de peregrinación a Tierra Santa y, a la vez, una misión diplomática ante el Preste Juan y su reino fabuloso, géneros todos ellos que en la época eran bien acogidos en ambientes nobiliarios. Todo ese material literario se ponía al servicio de una finalidad propagandística, sustentada en la palabra de un narrador testigo, ya que el tal Garcirramírez o Gómez de Santisteban era «uno de los doze que anduvieron con el dicho infante».

El *Libro del infante don Pedro de Portugal* se debió de concebir y diseñar necesariamente en el entorno de su hijo, el Condestable don Pedro de Portugal, cuando este se encontraba refugiado en la corte castellana<sup>8</sup>. Era necesario reivindicar la memoria de su padre el infante don Pedro, I

<sup>7</sup> En Inglaterra fue galardonado con la Orden Militar de la Jarretera, en Alemania recibió del emperador Segismundo el ducado de Treviso por los servicios militares prestados contra los turcos y los husitas, en Italia hizo contactos con importantes banqueros y realizó visitas a los principales centros de peregrinación, en Cataluña se entrevistó con el Magnánimo concertando su boda con Isabel de Urgel...

<sup>8</sup> La elección de la corte de Juan II no fue casual, pues no solo su padre el infante don Pedro se había entrevistado con el monarca castellano, su primo, al regreso de su viaje europeo en 1428, sino que su hijo el Condestable don Pedro de Portugal había conocido la corte de Castilla en 1445 donde había dejado una buena impresión por sus virtudes caballerescas e intelectuales, razón por la que el Marqués de Santillana le había dedicado el célebre *Prohemio e Carta* que, junto con sus poesías, le envió al infante portugués don Pedro entre 1446 y 1449, en sus últimos años como regente de Portugal.

duque de Coímbra, ya que había muerto el 20 de mayo de 1449 en Alfaro-beira como traidor, luchando contra las huestes del monarca portugués Alfonso V, a quien don Pedro había casado con su hija Isabel en 1445<sup>9</sup>. El hecho había sido especialmente trágico y clamoroso, ya que el duque de Coímbra, al retirársele los privilegios que había disfrutado entre 1439 y 1448 como regente del reino, se enfrentó con las armas a su sobrino Alfonso. Este enfrentamiento se produjo cuando este alcanzó la mayoría de edad y empezó a gobernar como Alfonso V de Portugal con el apoyo del conde Alfonso de Barcelos, I duque de Braganza, que además de hermanastro era enemigo personal del infante don Pedro<sup>10</sup>. Quizá no sea casualidad que en el *Libro del infante* se ignore a su hermano don Enrique el Navegante, que se había alineado en la contienda civil con el joven rey. En realidad, el *Libro* formaba parte de un conjunto de textos destinados tanto a reivindicar la imagen del infante don Pedro, como a asegurar la honra de sus descendientes, en concreto la del Condestable don Pedro.

Pasados más de seis años de destierro en Castilla, el Condestable don Pedro de Portugal se reconcilió con Alfonso V y recuperó casi todos sus bienes. Mucho tuvo que ver la intervención de la reina Isabel, hermana del Condestable, que también consiguió que en 1455 el cuerpo de su padre fuera sepultado en el monasterio de Batalha en presencia de la familia real y toda su corte<sup>11</sup>. No mucho después, el Condestable acompañó al Rey, su cuñado, en la conquista de Alcácer (1458) y auxilió al monarca en su expedición de ayuda a la plaza de Fez, cercada por los moros. En señal de reconocimiento a su fidelidad, Alfonso V le hizo donación en 1461 y 1462 de tierras y varias villas portuguesas que habían pertenecido a su padre.

Tras su participación con el rey portugués en la fracasada expedición a Tánger en 1463, el Condestable don Pedro recibió un mensaje el 27 de octubre de 1463 en que le ofrecían la corona de Aragón y el señorío del Principado de Cataluña, por sus derechos hereditarios al ser nieto de Jaime II de Urgel, el pretendiente al trono derrotado por Fernando de Antequera en el Compromiso de Caspe<sup>12</sup>. Dos galeras catalanas llega-

---

<sup>9</sup> Las crónicas recuerdan que, tras la muerte del infante don Pedro, su cuerpo quedó expuesto a los perros en el campo de batalla, sin que nadie osara retirarlo hasta tres días después.

<sup>10</sup> Firmada por Humberto Baquero, puede leerse una buena síntesis biográfica del infante don Pedro, duque de Coímbra, en el *Diccionario Biográfico Español* de la RAH (<https://dbe.rah.es/biografias/46981/don-pedro>). Alfonso de Barcelos (1371-1461) era medio hermano del infante don Pedro, ya que era hijo natural de Juan I e Inés Pires, nacido antes de que Juan I heredase la corona portuguesa en 1385 y se casara en 1387 con Felipa de Lancaster.

<sup>11</sup> A final se impuso la idea de que el infante había sido honrado por todos los mandatarios europeos que le conocieron, y sobre todo el argumento de que si el rey Alfonso V infamaba las raíces de los hijos que Dios le diera (pues su mujer era la hija del infante don Pedro), ¿cómo podría tener ilustres descendientes y unos claros sucesores? Correia (2000: 151 y ss.) hace relación de la rica literatura que surgió en torno a la muerte y la recuperación de su buen nombre

<sup>12</sup> En efecto, su padre el Infante don Pedro, el protagonista de nuestro *Libro*, se había casado a la vuelta de sus viajes europeos con la hija de Jaime de Urgel, de quien heredaba los

ron a Ceuta en diciembre de 1463 para llevarlo a Barcelona donde fue titulado rey de Aragón durante la Guerra Civil Catalana y reconocido como conde de Barcelona con el nombre de Pedro IV de Barcelona. En realidad, sucedía a Enrique IV de Castilla, que había renunciado a tomar posesión por la presión de la nobleza castellana. Don Pedro llegó a Barcelona el 21 de enero de 1464 y fue conde de Barcelona hasta el 29 de junio de 1466, fecha en que murió, con treinta y seis años<sup>13</sup>.

Junto al infante don Pedro, merecen un estudio detenido los otros dos personajes en torno a los que se desarrolla la acción principal: el Preste Juan de las Indias y el rey Juan II de Castilla. Analicemos primero la figura del Preste Juan en la obra teniendo en cuenta su contexto político y diplomático. Para ello debemos hacernos algunas preguntas: ¿Era percibido entonces el Preste Juan de forma similar en Portugal y en Aragón que en Castilla?, ¿por qué se prefiere que el infante sea embajador ante el Preste Juan del monarca castellano y no del portugués o del aragonés, cuando podía haber sólidos motivos para esto último?, ¿había algún interés en que Juan II apareciese vinculado al Preste Juan, a pesar de que los cronistas del rey castellano no mencionen ninguna iniciativa diplomática encaminada a entablar relaciones con este personaje?, ¿por qué se decanta la obra por una geografía imaginaria y se desdeña la cartografía con la que se estaba trabajando tanto en Portugal como en Aragón para localizar al Preste Juan?

### 3. EL PRESTE JUAN EN EL *LIBRO DEL INFANTE DON PEDRO DE PORTUGAL*

De entrada, debemos admitir que las diversas manifestaciones del Preste Juan en la literatura peninsular de la primera mitad del siglo xv nos permiten identificar las numerosas tradiciones que conviven en una época especialmente convulsa en la recepción de este personaje de leyenda. En realidad, la figura del Preste Juan en Occidente mantiene a lo

---

derechos a la Corona de Aragón.

<sup>13</sup> Remito a los trabajos más importantes donde estas ideas se encuentran desarrolladas: Humberto Baquero Moreno (Marqués 2001), Correia (2000), Gómez Redondo (2002), etc. El estudio más amplio sobre la vinculación del Condestable con el *Libro del infante* es el de Correia (2000: 132-161), quien menciona los escritos del propio Condestable don Pedro y los que este encomendó a Alfonso de Córdoba, a Vasco Fernandes de Lucena y a Luis de Azevedo, así como las menciones al *Libro* en las décadas de los años 60 y 70 del siglo xv. En lo referente a la datación, tras la aportación de Sharrer (1977: 85-98) ha venido aceptándose el tercer cuarto del siglo xv como fecha de composición, pero Correia consideró que debía ser anterior a un poema de Alfonso de Córdoba, de 1462-63, en que se alude al infante como «uno de dos / que por cursos divinales / le fue mostrado por Dios / las cosas celestiales» (2000: 161). A partir de un estudio de las condiciones concretas de creación, Correia defiende que su redacción tuvo lugar entre 1455 y 1457. En lo referente a la autoría, la citada investigadora postula que detrás de Gómez de Santisteban se esconde algún escritor muy vinculado a la corte castellana, quizá alguien de origen judío como Martín de Ávila, secretario de Juan II y escudero del Marqués de Santillana, perteneciente, por tanto, a los círculos de la corte y del propio Condestable don Pedro, quien le encomendó otros trabajos difíciles de identificar (Correia 2000: 166).

largo del siglo xv su naturaleza enigmática y desconcertante, ya que su imagen pervive diversificada en varias leyendas que, por lo general, se solapan entre sí. El soberano que luchaba contra los mongoles quedaba ya muy lejos del rey providencial que era esperado durante la Quinta Cruzada. Poco tenía que ver el *rex et sacerdos* de la *Carta* del Preste Juan (cuyos testimonios predominantes son del siglo xv), con el soberano etíope que era capaz de detener o desviar las aguas del Nilo. Un significado muy diferente tenía el Preste Juan que buscaba el infante don Enrique el Navegante, del heredero remoto de los Reyes Magos y del apóstol Tomás, como aparecía en la célebre *Carta*. Y en nada se parecía el *negus* que enviaba embajadas a Alfonso el Magnánimo con el rey de reyes que vivía rodeado de riquezas.

En el *Libro del infante* se resucita la imagen clásica del Preste Juan, la del soberano de un reino fabuloso y de poder incomparable que nos remite a las primeras versiones de la *Carta* y que consagra y difunde el *Libro de las maravillas* de Mandeville. Lo peculiar ahora es que ese opulento rey de reyes aparece ambientado en un escenario caballeresco que tanto gustaba en las cortes occidentales del siglo xv. Por otro lado, los destinos religiosos tenían una especial relevancia, de manera que los doce caballeros que acompañan a don Pedro están impregnados de un espíritu religioso que les hace ser verdaderos peregrinos en calidad de *milites Christi*<sup>14</sup>. Así pues, el protagonista don Pedro reúne todas las características de un peregrino que se dirige a Tierra Santa, que reniega de los enemigos musulmanes y de su profeta Mahoma erigiéndose en modelo ejemplar para los cristianos (Roumier 2014). Así lo declara Gómez de Santisteban en el Prohemio:

Determiné de contar algunas cosas notables en este breve tratado de lo que vimos en las cuatro partidas del mundo, en especial en la Tierra Santa, visitando la casa santa de Jerusalem, el Sancto Sepulcro de Nuestro Señor Jesuchristo, el cuerpo de Santa Catalina, que está en hueso y carne en la peña donde hirió Moisés con la verga y hizo salir agua para los hijos de Israel, la tierra de Judea, a ver si es tal y tan grande como decían en Poniente, la señoría del Preste Juan de las Indias e la India Mayor, donde está el cuerpo de Santo Thomé Apóstol en hueso y en carne, en la ciudad de Alberh (p. 11)<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Es interesante comprobar que en varias ediciones los viajeros aparecen vestidos con el atuendo de los peregrinos, como vemos en el reciente estudio sobre su transmisión impresa realizado por Lacarra (2022). No debe pasar desapercibida la impostura que se produce en el *Libro del infante* atribuyendo la peregrinación a don Pedro, cuando históricamente fue su hermanastro don Alfonso de Barcelos, I duque de Braganza, a quien se enfrentó en Alfaroibeira, quien había peregrinado a Tierra Santa entre 1405 y 1408, y sobre el que ofrece un estudio de conjunto M.<sup>a</sup> Beatriz Sanches van Zeller en *Motivos e memória da viagem de D. Afonso, filho de D. João I*, Dissertação para a obtenção do grau de Mestre em História, Universidade de Lisboa, 2018 (*on line*).

<sup>15</sup> Cito los textos del *Libro del infante*, modernizando algunas grafías, por la edición digital de Sánchez Lasmarias (2008).

Dentro de los lugares que visita don Pedro en su viaje literario (además de la república de Venecia, el reino de Chipre, Turquía, Noruega, Damasco, Armenia y Egipto y la especial peregrinación a Tierra Santa), merece especial mención la llegada a «la posada del Tamurbeque», por los ecos que en Castilla podía generar una nueva entrevista con Tamerlán, cuyos dominios habían hollado ya los embajadores de Enrique III, el padre de Juan II<sup>16</sup>. Y mucha mayor trascendencia se concede en la obra a la última etapa, que constituye el destino principal del infante del Pedro: la llegada al reino del Preste Juan. En esas escenas finales, el rey sacerdote recibe al infante demostrando una hospitalidad excepcional, sin duda por ser don Pedro un pariente del rey castellano, de quien el infante le llevaba noticias<sup>17</sup>. Don Pedro y sus doce acompañantes fueron huéspedes del Preste Juan durante catorce semanas disfrutando de todos los lujos imaginables; allí conocieron las maravillas que hacían de aquel un país único, comprobaron su vinculación con el apóstol Tomás, la forma de ser elegido preste y, por si esto no fuera suficiente, recibieron del Preste el permiso y los medios para llegar a los confines del Paraíso terrenal:

Y después que el Preste Juan vido que su intención era de ir, mandó que nos diesen seis dromedarios y dos farautes, los dos dromedarios para en que fuésemos y los cuatro en que llevásemos vituallas para que comiésemos nós y los dromedarios. Partimos un lunes y atravesamos desde la ciudad de Edicia fasta el Paraíso terrenal, y para ir al desierto travesamos diez y siete jornadas de dromedarios, que es cuarenta leguas la jornada del dromedario, que nunca fallamos poblado ni gente, las cuales son seiscientas y ochenta leguas, y entre camino y desierto no hay caminos que guiasen por mar, ni por tierra, y llegamos a ojo de las sierras, y los hombres que nos dio el Preste Juan no nos dexaron pasar adelante y de allí venimos a Tigris y a Éufrates y a Gión y a Fisón, que son ríos que salen del Paraíso terrenal... (p. 27)

Tras el regreso a los dominios del Preste Juan y pasar allí otros treinta días, don Pedro le pide permiso para regresar a Poniente. El Preste

<sup>16</sup> «Dixo el portero que de cuál generación éramos, y fabló Garcirramírez y dixo que éramos vassallos del rey león de España de Poniente, y abríonos la puerta el portero y entramos por donde estava el portero al Tamurbeque a le fazer reverencia. [...] Y mandó que nosotros, porque éramos vassallos del rey león de España, su hijo, que assí le llamaba el fijo, que fuésemos cerca dél por quanto él avía plazer porque viésemos la solemnidad que le hazian los señores de su tierra [...] Y mandó el Tamorlán que para nosotros, vassallos del rey león de España, su hijo, que pusiessen otro asentamiento con sus platos y que no nos pusiessen en rueda como a ellos, mas a la larga, según que lo teníamos por costumbre, y porque tuviésemos las caras contra él» (pp. 19-20).

<sup>17</sup> «Sacó don Pedro las cartas que llevaba del rey de Castilla y púsolas encima de su cabeza y fincó las rodillas delante del Preste Juan, y el Preste Juan inclinose contra ellas y tomolas en las manos y mandó al rey del Alvin que las leyese, y leídas las dichas cartas, mandó el Preste Juan a don Pedro que se asentasse a su mesa entre la muger y su hijo, encima de todos los reyes, que comían a su mesa cuatorze reyes, y servían a su tabla siete reyes, y mandó el Preste Juan poner otra mesa para nosotros» (p. 25).

Juan, «como a vasallos del rey» les entrega nueve mil piezas de oro y una carta para el rey castellano a quien se dirige como «rey mayor de los cristianos»<sup>18</sup>. Asistimos, pues, a una recreación de la leyenda y vemos que se actualiza ahora al presenciar cómo el Preste Juan en persona entrega en mano a los emisarios del rey una carta para un monarca homónimo que se encuentra en los confines del mundo opuestos a su propio reino:

Preste Juan de las Indias, rey mayor de los cristianos, facémosvos saber que toda nuestra creencia es en Dios Padre, y Hijo, y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. A todos los que cobdiciáis ver y saber qué cosas son en nuestro señorío vos decimos que habemos LX reyes nuestros vasallos, y los pobres de nuestra tierra nós los hacemos mantener por Dios de nuestras rentas, y debéis saber que nuestras partidas son tres Indias, India Mayor, y India Mediana, y India Menor, y en la que moramos nós es la Mayor, y está en ésta el cuerpo de Santo Thomé Apóstol. (p. 28)

Una vez declarado su inmenso poder, su generosidad y su cercanía al cuerpo del apóstol Tomás, este rey de reyes se refiere a sus riquezas<sup>19</sup>. La lista de maravillas es larga porque habla también de hombres diminutos devorados por aves (referencia a los pigmeos y las grullas), centauros, mitad hombre mitad caballo, que comen carne cruda, así como su fuerza militar:

E otrosí habemos en nuestra tierra sesenta y dos castillos, los más fuertes del mundo, y del uno al otro hay más de tres tiros de ballesta, y en cada uno hay cuatro mil hombres de armas y cinco mil ballesteros, y treinta mil peones que guardan los pasos, porque no pasen los de Got y Magot [*sic*], que si ellos pudiesen salir, destruirían el mundo (p. 28)

El boato de su corte requiere que las máximas autoridades eclesiásticas estén a su servicio:

---

<sup>18</sup> Sabido es que la célebre carta del Preste Juan se divulgó en copias manuscritas entre los siglos XII y XV de forma espectacular y sobre todo en el siglo XV. Brewer presenta la relación de unas cien copias de la carta en el siglo XV, tantas como suman las de los siglos previos (2015: 312-313).

<sup>19</sup> «E sabed que en nuestra tierra nascen los elefantes y camellos, y leones y grifos, los cuales grifos han grandes fuerças, en tal manera que pueden llevar volando un buey para que coman sus hijos. Estos animales y otras muchas serpientes están en los desiertos, y los dromedarios y camellos cuando son pequeños tómanlos nuestros vasallos y fácenlos mansos para arar la tierra y para andar caminos y para las otras cosas que habemos menester. Y habemos gentes en algunas partes que no han sino un ojo, y eso mesmo en otras partes que han cuatro ojos delante y detrás, y esta gente, de que alguno muere, los parientes lo comen, que dicen que la mejor carne del mundo es la del hombre, y de sus nombres son llamados Got y Magot, y están éstos tras unas sierras, que no pueden pasar ellos a nós, ni nós a ellos, e nunca de allí saldrán fasta que venga el Antecristo, y entonces saldrán por todas las tierras, y tantos son, que no los podrán vencer las gentes del mundo...» (p. 28).



Y sírvennos doze arzobispos y xxiv obispos y quatro patriarchas de Santo Tomás, e otrosí habemos tantos abades en nuestra capilla como días hay en el año, y cada uno canta misa en nuestra capilla por orden cada día y después tórnase al monesterio, y luego está allí otro para decir misa otro día, e así se torna cada uno de que ha dicho misa al Preste Juan, por razón que cada uno debe haber humildad como preste, porque Nuestro Señor fue humildoso y fue verdadero preste, e así no hay mayor ni menor, nin hay mayor ni más alta orden que ser preste, y por esto ha de haber en cada preste humildad y castidad, y paciencia y penitencia. (p. 29)

Pero llega el momento de la despedida y es entonces donde se concentran las expresiones de mayor intensidad emotiva dirigidas al rey de Castilla, llamado ahora «nuestro hermano» y «amado hermano»:

E como el Preste Juan vido que nos queríamos partir dél y de su tierra, sospiró y dixo así:

—Cuánto bien nos ficiera Dios Nuestro Señor si nós al rey león de España, nuestro hermano, tuviésemos cerca de nós, porque los enemigos de Jesucristo fuesen menoscabados, que mucho trabajados somos todos tiempos destas gentes crueles. Mas decid a mi amado hermano, el rey león de España, que se esfuerce como bueno con la gracia de Dios a mantener sus reinos en verdad y en justicia, y que haga tales obras que sea Dios servido, que todos parezcamos sin vergüenza ante la cara de Jesucristo el día del muy espantable juicio, y agora id con la bendición de Jesucristo, el cual tenga por bien de vos guardar de los peligros deste mundo y del cuerpo y del ánima. (p. 29)

Estas últimas palabras del rey sacerdote no anuncian ninguna alianza política o militar, como cabría esperar de este poderoso gobernante y de un príncipe occidental en el contexto de la búsqueda del Preste Juan a mediados del siglo xv. Lo que el Preste expresa aquí es el vehemente deseo de estar junto al rey castellano para librarse de los enemigos de Jesucristo. A la vez, el Preste Juan le pide al monarca occidental que sea buen cristiano y mantenga sus reinos «en verdad y en justicia» para poder presentarse ante Jesucristo el día del Juicio Final. El tono grave de esta despedida, que contrasta con la vanagloria que demuestra el Preste en otras versiones de la carta, sugiere el dolor por la distancia física que separa a los dos mandatarios y el deseo de morir en paz con Dios y con los hombres.

El pasaje destaca por el recogimiento de la escena y parece evocar tanto la muerte del rey castellano, quizá sucedida poco antes de la composición del libro, como la del infante don Pedro en Alfarrobeira. Teniendo en cuenta las circunstancias de composición de la obra durante la estancia del Condestable en la corte castellana, no parece exagerado aceptar que esta escena final, cargada de complicidad y lirismo, puede interpretarse como un sentido homenaje dedicado al rey castellano tras su paso a la otra vida en 1454.

En aquel remoto lugar se produce la dolorosa separación («E don Pedro y nosotros hincamos las rodillas delante el Preste Juan con muchas lágrimas, pidiéndole perdón y su bendición, y así nos partimos muy tristes...») y en media docena de líneas vemos al infante don Pedro y a los suyos de nuevo en Castilla dando gracias a Dios, palabras con las que concluye la obra.

Tres aspectos singularizan esta versión de la carta, si la comparamos con la que se considera la versión original: su adscripción a la rama de la versión antiguo-francesa<sup>20</sup>; la brevedad de la misma, que apenas se extiende a dos páginas en la edición de Sánchez Lasmariás; y la peculiaridad de ese párrafo final en que el Preste Juan manifiesta su entrañable amistad con el rey de España. Sin duda, lo más relevante de la misiva, frente a las versiones habituales, es que estamos ante una carta entre monarcas que se conocen desde mucho tiempo atrás, que el Preste desea «a su hermano» lo mejor, en tanto que en las cartas antiguas, dirigidas al emperador de Alemania o al de Bizancio, lo que predominaba era la manifestación de su inmenso poder y su prepotencia.

Por otro lado, la presencia del rey castellano en la obra es constante: se reitera cada vez que el séquito de caballeros cristianos llega a una corte extranjera e invariablemente don Pedro y los suyos son bien recibidos por los respectivos mandatarios gracias a que son vasallos del «rey león de España», expresión con que se denomina a Juan II en numerosas ocasiones y que le hace acreedor de su preeminencia frente a los demás monarcas.

Para conocer y valorar el papel central del rey castellano en la acción del *Libro*, debemos saber qué idea o qué vinculación real tenían los reinos peninsulares con el Preste Juan en la primera mitad del siglo xv. En primer lugar, llama la atención la ausencia de noticias que vinculen a Juan II de Castilla con el Preste Juan en los textos cronísticos y diplomáticos del siglo xv. Por eso, si comparamos esa documentación con las noticias de la corte aragonesa o portuguesa sobre su relación con el Preste Juan, podremos interpretar mejor la obra. Dicho esto, el final del *Libro del infante*, declarando esa estrecha amistad entre el rey castellano y el Preste Juan, no podía resultar más sorprendente en el contexto peninsular de mediados del siglo xv.

#### 4. LOS ENCUENTROS Y EMBAJADAS ETÍOPE CON ALFONSO EL MAGNÁNIMO (1416-1458)

Al menos desde finales del siglo xiv, se tenían noticias del Preste Juan en la corte aragonesa. Tanto Pedro IV como su hijo Juan I mostraron siempre una afición extrema por conocer todo lo referente a los

---

<sup>20</sup> Véanse los resultados del cotejo de Chimeno del Campo (2011: 300-311) con la versión editada por Gosman (1982) y el artículo de González Rolán (2014).

viajes y a los reinos orientales, como nos revelan los abundantes documentos conservados sobre peticiones o envíos de libros de esta materia. Entre los documentos de la Corona de Aragón publicados por Rubió i Lluch (1908-1921) hay uno según el cual Juan I de Aragón pidió en 1391 a Gaston Phoebus, conde de Foix, que enviase a la corte del Preste Juan a un franciscano que había vivido allí muchos años (Marinescu 1994: 17). Con estos antecedentes, resulta muy fácil explicar los contactos posteriores entre Alfonso V de Aragón y varios embajadores de Etiopía. Hay constancia de cuatro contactos entre embajadores etíopes y la corte aragonesa que están fechados en 1427, 1430, 1448 y 1450.

En 1427 dos embajadores etíopes, uno cristiano y otro seguramente musulmán, entregaron una carta de Yeshaq I a Alfonso el Magnánimo en Valencia. Dicha entrevista tuvo lugar en presencia del cardenal de Foix que actuaba como legado del papa Martín V ante el rey. La carta planteaba una alianza entre pueblos cristianos, que estaban muy alejados entre sí, para doblegar a los mamelucos (Marinescu 1994: 18)<sup>21</sup>.

En 1430 se mencionan cinco peregrinos etíopes, seguramente religiosos, que llegaron a la corte de Alfonso el Magnánimo. Enviados por el mencionado Yeshaq, necesariamente poco antes de morir asesinado en 1429, se dirigían a Santiago de Compostela en una peregrinación que no pudieron culminar debido a las guerras de Alfonso de Aragón con su primo Juan II de Castilla.

Otros embajadores de Zara Yaqob (1434-1468), hermano de Yeshaq, se entrevistaron en Nápoles con Alfonso de Aragón tras la muerte de Eugenio IV, cuando llegaron a Roma en 1448 para presentarse ante su sucesor Nicolás V (1447-1455). Los asuntos que trataron con el rey de Aragón revelan que este monarca fue durante mucho tiempo su principal interlocutor en Occidente y que no eran precisamente las cuestiones religiosas las que primaban, sino más bien negocios de asuntos comerciales (artesanía, comercio de tejidos) y sobre todo la necesidad de lograr la alianza militar tanto tiempo soñada contra el soldán de Egipto.

Resulta muy elocuente en cualquier caso un mensaje del rey aragonés a Zara Yaqob, en 1450, en que le recordaba que estaría encantado de enviar varios profesionales si se garantizaba su seguridad, ya que en la ocasión anterior, seguramente en la embajada reseñada ante Yeshaq, toda una partida de trece súbditos había perecido en el viaje.

---

<sup>21</sup> Los embajadores del rey aragonés debían preparar la manera en que pudieran culminar los mencionados intercambios para celebrar los matrimonios concertados, habida cuenta de que el proyecto tropezaba con todos los obstáculos de la larga distancia y todos los impedimentos del soldán de El Cairo para que estas relaciones llegasen a buen puerto (Marinescu 1994: 21; Beshah/Aregay 1964: 13-14). Tras muchos inconvenientes, parece que la comitiva de vuelta hacia Etiopía formada por los embajadores etíopes se ponía en marcha el 30 de junio de 1428. Todo indica que los aragoneses de aquella primera embajada nunca llegaron al país del Preste Juan, ni siquiera se sabe qué fue de Pere de Bònia (Marinescu 1994: 23).

También en 1450 el *negus* Zara Yaqob envió tres representantes al Nápoles de Alfonso de Aragón: el italiano Pietro Rombulo da Messina, que había vivido ya en Etiopía un tiempo, sirvió de guía a Michele, monje de Santa Maria di Gualbert, y al moro Abou Omar<sup>22</sup>.

## 5. LOS EMPEÑOS DE ENRIQUE EL NAVEGANTE (1394-1460) Y LOS MAPAS DE LA ÉPOCA

En el vecino reino de Portugal los esfuerzos por encontrar y establecer relaciones con el Preste Juan no fueron menores que en Aragón. El infante don Enrique (1394-1460), conocido como «el Navegante», fue quien mejor representó el sueño europeo de encontrar definitivamente al Preste Juan y así dar solución a un problema de la Cristiandad que llevaba más de doscientos años sin resolver. Hijo del rey Juan I de Avis y Felipa de Lancáster, y hermano del infante don Pedro de Portugal que protagoniza nuestro *Libro*, Enrique el Navegante consiguió tras la conquista de Ceuta (1415) que su padre el rey y luego sus hermanos, el rey portugués Eduardo I, y a su muerte el infante don Pedro mientras fue regente, dejaran en sus manos las cuestiones marítimas en general y las exploraciones de las costas africanas en particular.

El África subsahariana era a principios del siglo xv un continente casi totalmente desconocido en Europa<sup>23</sup> pero, si tan extensos eran los dominios de Preste Juan y los viajeros por Asia se habían vuelto con las manos vacías, pensaba el Navegante que quizá podrían ser alcanzados desde la costa occidental africana, desde el llamado *Sinus Aethiopicus*<sup>24</sup>, que poco tenía que ver con la Etiopía moderna, habida cuenta de que el nombre *etíope* estaba relacionado con el hecho de que históricamente el oeste de África y el sur de Egipto eran conocidos como Etiopía. Esta ruta atlántica venía avalada por el *Libro del conocimiento de todos los reinos*, obra bien conocida por Enrique el Navegante (Lacarra 2002: 777; Russell 2000) y, en cualquier caso, esta ruta africana desde el Atlántico era considerada más segura que la mediterránea explorada por el

<sup>22</sup> Hay constancia de que ese mismo año de 1450 Alfonso V escribió a Zara Yaqob diciéndole que prestara atención al Nilo «cuyas aguas discurren a El Cairo» (Cerulli 1932: 35; Pankhurst 2000: 32). Unos años después el papa valenciano Calisto III (1455-1458) intentó comprometer al *negus* de Etiopía en las operaciones contra los turcos. Se conservan las cartas que intercambiaron el Papa y Alfonso V de Aragón con los etíopes, quienes expresaron el deseo de mantener la unión de las iglesias.

<sup>23</sup> «La definizione della forma dell'Africa è in effetti decisiva nella storia della geografia e della cartografia; Fra' Mauro, attraverso l'accettazione delle informazioni pervenutegli dalle arte "etiopiche" mette in gioco nozioni e idee spesso estranee alle tradizioni cartografiche europee, nozioni e idee che hanno le loro radici, com'è breve si vedrà, nelle conoscenze e nelle teorie geografiche delle società islamiche» (Falchetta 2006: 32).

<sup>24</sup> No debe extrañarnos que existiera esa creencia, pues hasta el siglo xix el *Mare Aethiopicus* o *Sinus Aethiopicus* era el nombre con el que se conocía en algunos mapas el Atlántico sur de las costas africanas.

papa y el Magnánimo (Russell, 2000, pp. 110-127). No debemos ignorar el conocimiento de las rutas saharianas de las caravanas que los musulmanes habían utilizado en su expansión comercial y religiosa desde varios siglos atrás y su indudable influencia en la cartografía mallorquina.

Recordemos, a modo de ejemplo, que en el *Atlas catalán* de los Cresques (1375) y el de Mecia de Viladestes (1413) se representa a Mansa Musa I, el gobernante del Imperio de Malí en África Occidental de 1312 a 1337. El Preste Juan aparecía en el atlas de Viladestes, dos años antes de la toma de Ceuta por los portugueses, retratado al sur de la confluencia de los dos brazos del Nilo. En el *Atlas catalán* de 1375, sin embargo, por su especial formato, solo asoma en esa misma ubicación la cruz compuesta, de tres travesaños, la misma con que aparece el Preste Juan en algunos armoriales de finales del siglo xv.

El proyecto de don Enrique se encuadraba perfectamente en los deseos del papa Eugenio IV, quien se esforzaba por realizar una gran ofensiva general contra los turcos, pretendiendo para ello, como el infante portugués, establecer relaciones con Etiopía, siempre misteriosa, pero de donde habían llegado a Roma varias embajadas. Parecía que el *negus*, amenazado por los mamelucos de Egipto y los musulmanes de Somalia, tenía el deseo de colaborar con la cruzada occidental (Milhou 1998: 143).

Los objetivos concretos de don Enrique quedaban expuestos de forma meridiana en el séptimo capítulo de la *Crónica dos feitos da conquista de Guiné por mandado do Infante D. Henrique*, de Gomes Eanes de Zurara, donde se defendían las cinco razones por las que interesaban las navegaciones atlánticas<sup>25</sup>.

Las representaciones cartográficas venían a ratificar la información de los viajeros o novelistas y Venecia era el lugar privilegiado para estar al tanto de cualquier novedad. Precisamente fueron los gobernantes de Venecia quienes encargaron a fray Mauro un magnífico planisferio que se terminó de confeccionar poco después de 1450<sup>26</sup>.

El mapa de fray Mauro fue una obra maestra de la cartografía medieval, pues ofrecía la descripción más detallada que se había intentado hasta la fecha de las tres partes del mundo conocido. Especialmente rica es la descripción de Etiopía y el Nilo, en cuyo curso aparecen dibujadas unas puertas de hierro con las que el Preste Juan podía detener sus aguas

<sup>25</sup> La cuarta razón se refería al hecho de que desde hacía 31 años que guerreaba a los moros nunca había encontrado en la Cristiandad un aliado que lo acompañara en la guerra contra el poder del Islam, por lo que quería saber si en África había algún Príncipe cristiano dispuesto a ayudarlo en tal empresa. Véase ahora en la traducción de Aznar, Corbella y Tejera (2012).

<sup>26</sup> En realidad, debieron confeccionarse dos mapamundis: uno que estuvo siempre en la Biblioteca Marciana de Venecia y otro, encargado por Alfonso V de Portugal y su tío Enrique el Navegante, que fue enviado a Lisboa en 1459 (Falchetta 2006: 32). Seguramente se trata del mapa (o de uno similar) que el viajero alemán Münzer mencionó en 1494 a su paso por el castillo de San Jorge en Lisboa (Falchetta 2006: 39).

y desviarlas al desierto de Sudán<sup>27</sup>. Por otro lado, importa señalar aquí que el mapa de Fray Mauro dibujaba un entrante marítimo en el occidente africano, a la altura del río Senegal o el Níger, que permitía la llegada por tierra a Etiopía sin rodear el continente africano. Esta posibilidad la vienen a ratificar los mapamundis de la escuela mallorquina al dibujar el brazo occidental del Nilo, el Nilo Blanco, trazado casi en horizontal hacia tierras occidentales y no hacia el sur de África<sup>28</sup>.

Las notas explicativas del mapa de fray Mauro hablan de 120 reinos tributarios del Preste Juan y de su ejército, que podía alcanzar un millón de hombres. A mediados del siglo xv el Preste Juan alcanzaba en el imaginario colectivo de Occidente sus más altas cotas de poder.

## 6. LA AMPLIA FAMA Y LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS DEL «REY LEÓN DE ESPAÑA»

Como decía más arriba, la enorme popularidad internacional de Juan II de Castilla en el *Libro del infante* contrasta con el silencio de las crónicas de su tiempo en lo referente a relaciones con soberanos de países lejanos. Ninguna embajada se menciona comparable a la instigada por su padre Enrique III o las que hemos reseñado en su tiempo promovidas por sus primos Enrique el Navegante o Alfonso de Aragón para localizar al Preste Juan y entablar relaciones con él. Y, sin embargo, en el *Libro* quien se lleva los honores de ser un monarca famoso en los confines del mundo es el rey castellano, de quien figuran como vasallos tanto el infante don Pedro como su séquito apostólico.

La presencia del rey castellano es constante en toda la obra. Continuamente se alude a él, por mucho que solo en una escena, previa al viaje, aparezca Juan II en persona entrevistándose con el infante don Pedro. Dicha escena se encuentra en los primeros compases de la obra, poco después de que el infante don Pedro partiera de su villa de Barcelos «para pedir licencia al rey de Portugal, su padre» y emprender su viaje. De allí el infante llega a Valladolid

a facer reverencia al rey don Juan el Segundo de Castilla, y desde el rey lo supo, que su primo quería pasar en Levante para saber todas las partidas del mundo, ovo gran placer y mandole dar V mil piezas de oro

<sup>27</sup> El texto que acompaña a la imagen de las puertas es bien expresivo: «Porte de fero. Con queste porte se faraue el Nilo andar per terra de negri e pocho in Egypto» (Falchetta 2006: 162, texto n° \*0403). Véase sobre la fortuna de esta leyenda el trabajo de Lama (2024).

<sup>28</sup> Véase el trazado de los dos brazos del Nilo en el portulano de Angelino Dulcert (1339) y en el mapa catalán de 1375. Años después, en el atlas de Mecia de Viladestes (1413) comprobamos cómo el brazo occidental del Nilo, el Nilo Blanco, se prolonga en los ríos Níger y Senegal por donde transitaban las caravanas a través del desierto para intercambiar sal por oro con las diversas tribus. Viladestes demostraba un buen conocimiento de dicha ruta ofreciendo, en el margen inferior de su mapa, explicaciones de las etapas del viaje por el Sahara.

y mandole dar un faraute, que había nombre Garcirramírez, que sabía todos los lenguajes del mundo, conviene a saber: Gramática, Lógica, Retórica, Música, Filosofía, caldeo, irgan, hebraico turco, tremecén, ródano, ingruino, almerín, entritino, babilón, pileo, alárabe y otros lenguajes muchos que por el mundo había, que fuese con él, y el dicho Garcirramírez hubo muy gran placer de ir en su compañía de don Pedro. Y el señor rey de Castilla salió con nosotros hasta una legua de Valladolid y allí despidiose don Pedro del señor rey de Castilla, su tío. (p. 12)

El rey castellano es nombrado por primera vez cuando la comitiva llega a Chipre, donde el faraute Garcirramírez dijo: «Somos vasallos del rey león de España de Poniente, por lo cual viene entre nosotros un su pariente» (p. 12). La reina de Chipre se refiere a él con el mismo tratamiento («Pluguiese a Nuestro Señor que la provincia del rey león de España estuviese cerca de la señoría del rey de Chipre...») y esta fórmula de presentación se repite literalmente varias veces más, tanto por el faraute como por el mandatario que los recibe, lo cual les eximen de pagar un peaje por pasar por su país, etc. A la reina de Chipre secundan en el agasajo el Gran Turco en Patras (p. 13), el Gran Babilón (p. 14)<sup>29</sup>, el rey de Armenia (p. 17) y el Tamurbeque (p. 19). Recibimiento similar reciben en los reinos de Arabia y Saba (p. 21) y con la misma honra son recibidos por los monjes en el Monte Sinaí. Ni siquiera el gran Roboán que gobierna en La Meca, aun sabiendo que el rey castellano guerreaba contra el rey moro de Granada y les tuvo detenidos unos días, les privó de contemplar el sepulcro de Mahoma en La Meca sostenido por unos grandes imanes<sup>30</sup> por ser vasallos del rey león de España.

Si el narrador se refiere a Juan II reiteradamente como «rey león de España», está claro que busca encumbrarlo por encima de los otros reyes de la Península, ya que tanto la monarquía portuguesa como la aragonesa no se mencionan en la obra. La preferencia del narrador por este apelativo en el *Libro del infante* se apoya en la simbología de fuerza y bravura que los bestiarios concedían al león, pero en este caso se fundamenta en un origen heráldico indudable. Al menos desde los tiempos de Alfonso VII, el león constituye el motivo del escudo del reino de León, lo que vendría a ratificar y fijar para la posteridad la confusión que hacía proceder el nombre del reino leonés del término latino *leo* y no de *legio*. La heráldica vino a confirmar esa imagen pues «continuó este rey [Alfonso XI] los usos heráldicos de sus antecesores, con el único detalle

<sup>29</sup> «E allí mandonos que possásemos que quería oír nuevas del rey león a ver si era tan gran cosa como dezian, y detúvonos allí catorce días contándole nuevas de Poniente...» (p. 14).

<sup>30</sup> El Profeta nunca estuvo enterrado en la Meca, sino en Medina, pero esta y otras falsas creencias sobre el sepulcro de Mahoma se mantendría durante los Siglos de Oro en España (Lama 2021).

diferente de que en algunos de sus sellos vuelven a verse los leones coronados»<sup>31</sup>.

Por otro lado, la preferencia de Juan II por este animal resulta paradigmática habida cuenta, según cita el Brocense en su edición de 1582, que el rey tenía

un león manso al que ponía a comer en su mesa y se echava a sus pies estando el rey sentado, y estaba tan gordo que, llevándole en una carreta desde Madrid a Alcalá, reventó de calor en la puente de Níberos. (Deyermund 2007: 42)

La misma información ofrece la *Crónica de Juan II* cuando se refiere al año 1434 y «que fue cosa muy nueva para los embajadores, de que mucho se maravillaron»: Juan de Mena lo había apuntado ya en el verso 1762 de *Laberinto de Fortuna* («velloso león a sus pies por estrado») y el detalle lo recuerda luego Hernán Núñez en su edición de 1499<sup>32</sup>.

Resulta necesario destacar que el mote «rey león de España» en el *Libro del infante* no fue una invención acuñada entonces para denominar a Juan II de Castilla, pues su autor estaba reutilizando un apelativo que ya tenía más de cien años de historia. Sin desdeñar la base heráldica de la expresión y el significado simbólico del león en los bestiarios, Vicente Beltrán demuestra que su origen seguramente fue novelesco al estar vinculado a las profecías del sabio Merlín relativas al reinado de Alfonso XI, vaticinios que son reproducidos en el *Poema de Alfonso Onceno* de Rodrigo Yáñez<sup>33</sup>. Veámoslo en unos versos aducidos por Beltrán:

Dixo [Merlín]: “*El león d’España*  
de sangre fará camino,  
matará el lobo de la montaña  
dentro en la fuente del vino.  
Non lo quiso más declarar  
Merlín, el de gran saber;  
yo lo quiero apaladinar  
cómo lo pueden entender:  
*El león de la España*  
fue el buen rey ciertamente... (Coplas 243-245)<sup>34</sup>

Ni siquiera fue el autor del *Libro del infante* el primero en aplicar el mote a Juan II, pues el poeta Álvarez de Villasandino ya utiliza la

<sup>31</sup> Afirmación de Menéndez Pidal de Navascués citada por Beltrán (1991: 61).

<sup>32</sup> Textos citados por Deyermund (2007: 42-43).

<sup>33</sup> Agradezco esta información a su incomparable generosidad (Beltrán 1991: 47-64)

<sup>34</sup> Ofrecen otros ejemplos Beltrán (1991: 61-62) y Maspoch (1995: 297-298). En el *Poema de Alfonso Onceno* el león es mencionado casi veinte veces y, aunque no siempre adquiere el mismo significado, según Alan Deyermund, es «una imagen de la fuerza y valentía de un héroe y sobre todo del rey».



expresión para referirse con claridad a este monarca en un *decir* recogido en el *Cancionero de Baena* que «fizo e ordenó a manera de loança al Infante». Este infante no es sino Fernando de Antequera, sobrino de Juan II, a quien dedica su poema poco después de la toma de la plaza andaluza que siempre acompaña su nombre, concluida el 24 de septiembre de 1410:

Fablen poetas de aquí adelante,  
los trovadores que estaban callando  
abran sus bocas e canten loando  
las altas proezas del gentil infante;  
e si preguntaren quién es bastante,  
sepan que es árbol de gran maravilla,  
tío del *alto león de Castilla*  
e de la liña real de Levante.

(Dutton/González Cuenca 1993: 15, vv. 1-8)<sup>35</sup>

## 7. EL PRESTE JUAN EN LA POESÍA, LOS LIBROS DE VIAJE Y LAS CRÓNICAS CASTELLANAS DEL SIGLO XV

Aunque los historiadores no mencionan ninguna empresa de Juan II de Castilla encaminada a localizar al Preste Juan, hay testimonios de que este personaje legendario estuvo en boca de las élites intelectuales de Castilla a lo largo de todo el siglo xv. En el «Dezir que envió Juan Alfonso de Baena al señor Rey sobre las discordias por qué manera podían ser remediadas», que Dutton y González Cuenca fechan como anterior a 1433, el recopilador del *Cancionero de Baena* se permite dar consejos a su rey, Juan II, para que dialogue con los Infantes de Aragón y así se puedan evitar las disensiones en su reino. A lo largo de sus 1.751 versos, Baena presume de ser persona muy instruida y encadena una larga serie de estrofas, en las que nombra a reyes y personajes mitológicos de la Antigüedad. El Preste Juan aparece como uno más entre varios reyes en la estrofa 32:

Yo leí de Taburlán,  
muy mayor que Constantino

<sup>35</sup> Igualmente se refiere Álvarez de Villasandino metafóricamente a Juan II como león en otro decir del *Cancionero de Baena*, que también recoge profecías de Merlín y que lleva por rúbrica “A nuestro Rey de Castilla” en dos alusiones: al principio del poema («Salga el león que estaba encogido / en la cueva de la gran llanura...») y luego en el verso 73 («Del fuerte león suso contenido...».) (Dutton/González Cuenca 1993: 224-226). La expresión «rey león de España» debió de estar muy arraigada en el imaginario colectivo, pues no desapareció de las letras españolas, ya que mucho después la vemos actualizada en la persona de Felipe III tras la expulsión de los moriscos, como se lee en este vaticinio: «Este ejército pasará por el estrecho de Gibraltar en África. Y caminará a sitiar la ciudad de Lybia o Fez. Y en ella *el gran León de España* desembaynará una espada de virtud que está reservada para él...» (Magnier 1999-2002: 188 y ss.)

nin que Marco nin Latino  
 e mayor que Preste Juan;  
 e lei del grand Soldán  
 e del muy fuerte Morato,  
 e de otros que non relato,  
 que fueron después de Adán.

(Dutton/González Cuenca 1993: 745, vv. 243-250)

El célebre viajero Pero Tafur, que viajó por Oriente y el centro de Europa entre 1436 y 1439, tuvo relación con Juan II, pues afirma en sus *Andanzas y viajes* varias veces que llevaba cartas del rey castellano, por ejemplo, para el rey de Chipre. Tafur se refiere en dos ocasiones al Preste Juan y lo hace con informaciones que proceden de dos tradiciones muy distintas. Primero lo vincula al patriarca de Alejandría, quien nombraba al sucesor del patriarca etíope; pero cuando Tafur se encuentra con Nicolò dei Conti, este le habla de un Preste Juan totalmente fabuloso que viene a identificarse con el de su famosa carta. Conti le dice cómo fue su recibimiento<sup>36</sup> y le habla de su poder:

Cómo era muy grande señor e que tenía veinte y cinco reyes a su servicio, pero estos no eran grandes hombres, e aún muchas gentes de aquellos que no han ley ninguna e siguen el rito gentilico, le obedecen. (Tafur, 2018, p. 158)

Y siguen luego explicaciones detalladas de Conti sobre la elección del Preste Juan, su riqueza, así como de seres y fenómenos maravillosos, que por lo general tenían precedentes libresco. Tafur debió de redactar su obra hacia 1454, año de la muerte de Juan II de Castilla, pero no significa esto que no visitara al monarca tras su regreso. Aunque el libro no se publicó hasta 1874, el relato de Tafur fue conocido en su tiempo y resulta un testimonio precioso para ejemplificar con claridad cómo se cruzaban las ideas que circulaban sobre nuestro personaje en la Castilla de mediados del siglo xv.

Por otro lado, dos grandes historiadores del siglo xv castellano conocían bien los desvelos por encontrar al rey sacerdote. Uno de ellos fue Mosén Diego de Valera. Nacido en 1412 y educado en la corte de Juan II, Valera había viajado por Europa como hombre de confianza del monarca<sup>37</sup>. Como buen viajero, sus noticias sobre el Preste Juan debieron

<sup>36</sup> “E yo como llegué a la India, fui levado al Preste Juan, el cual me recibió mucho bien e fizo muchas mercedes, e me casó con esta mujer que aquí traigo, e estos fijos allá los uve, que cuarenta años que bivo en la India con gran deseo de volver a mi tierra”. (Tafur 2018: 156)

<sup>37</sup> Primero por Francia y por Bohemia (1437-1438), y luego a la corte del rey Alberto de Austria, Inglaterra y Borgoña, por lo que fue tenido por uno de los hombres más informados de la época (1442-1443). Tras haber servido a Enrique IV, recuperó el favor real cuando en 1474 llegó al trono Isabel la Católica, quien le encargó varias obras, entre ellas la que nos ocupa, y pudo ser pieza clave en la política propagandística de los Reyes Católicos.

de ser tempranas, pero fue en su *Crónica Abreviada de España*, escrita probablemente entre 1479 y 1481<sup>38</sup>, donde ofrece varias referencias al Preste Juan que son muy significativas, ya que la *Valeriana* fue concebida como un *speculum principis*. Valera lo menciona al principio de su crónica donde se refiere a la ubicación de las tres Indias (cap. 3.<sup>o</sup>), regida cada una por un rey mago: la primera gobernada por Melchor, la segunda por Baltasar y la tercera por Gaspar. Estos tres reyes estaban vinculados estrechamente al apóstol Tomás:

Estos bienaventurados reyes, consagrados en arzobispos por la mano del bienaventurado apóstol santo Tomás, después del martirio suyo, juntos con los reyes a ellos sujetos y con todos los otros prelados y grandes hombres principales de las Indias, acordaron de elegir un notable varón en memoria del apóstol a quien llamasen el Patriarca Tomás, que en lo espiritual los instruyese y gobernase, a quien, como a Santo Padre, en todo obedeciesen y, uno muerto, otro perpetuamente eligiesen como en el tiempo presente se faze. Y porque los bienaventurados reyes no tenían fijos ni jamás los ovieron, ante se cree morir vírgines, de consentimiento de todos eligieron otro muy noble y virtuoso varón que en lo temporal los rigiese y gobernase y fuese soberano de todos y non tuviese nombre de rey ni de emperador, mas se llamase Preste Juan, Señor de las Indias, como hoy se llama, a quien siempre el fijo mayor sucediese, como parece por el capítulo treinta y tres del *Libro de la vida y obras* de estos gloriosos Reyes Magos (Valera 2009: 22-23).

Valera está refiriéndose al *Libro de los Reyes Magos*, la obra que Juan de Hildesheim escribió hacia 1364, doscientos años después de que sus reliquias santas fueran trasladadas a Colonia<sup>39</sup>. En dicho libro este fraile carmelita teje un interesante relato con leyendas procedentes de los evangelios apócrifos y tradiciones orientales que circulaban por Occidente para presentarnos al Preste Juan como heredero del patriarca y apóstol santo Tomás y, en última instancia, de los Reyes Magos (Hildesheim 2002: 140-141). Además, logra explicar la difícil recuperación, por parte de Santa Elena, de los cuerpos de los Reyes Magos para

<sup>38</sup> Impresa en 1582 (Sevilla, Alonso del Puerto), la *Valeriana* –como la denominó su autor–, gozó de un inusitado éxito en los primeros tiempos de la imprenta, ya que se documentan veinte ediciones entre 1482 y 1567.

<sup>39</sup> En efecto, Franco Cardini señala en su estudio monográfico sobre los Reyes Magos que «En el siglo XII se sitúa el episodio que podemos considerar central en toda la historia del culto de los magos: la *translatio* de sus reliquias, en 1164, de Milán a Colonia, en circunstancias dramáticas, pero también significativas» (Cardini 2001: 75). Y sigue diciendo que a partir de ese acontecimiento «se fueron creando una serie de leyendas, reflejadas luego en textos alemanes, italianos, franceses e ingleses: entre los siglos XI y XIII, tales leyendas quedaron sintetizadas definitivamente en un relato orgánico y coherente gracias a los escritos de Jacobo de Vorágine y Juan del Hildesheim» (Cardini 2001: 75).

trasladarlos a Constantinopla, y desde allí mucho después a Milán y definitivamente a Colonia (Hildesheim 2002: 165-170)<sup>40</sup>.

Más adelante Valera menciona al Preste Juan en un ámbito muy distinto. Es en el cap. 123, que trata «Del rey don Enrique Tercero y de las cosas que en su tiempo pasaron y de las grandes virtudes que en él había y de su temprana muerte»:

Y fue tan deseoso de saber las cosas estrañas que envió caballeros de su casa no solamente a los reinos cristianos y al Preste Juan, señor de la Indias, mas al gran soldán de Babilonia y al Tamurbeque y al Morato<sup>41</sup> y a otros grandes señores moros por haber información de sus tierras y estados y costumbres, en que fizo grandes dispensas, lo cual sin dubda procedía de grandeza de corazón, que mucho conviene a los grandes príncipes saber la gobernación de los semejantes de ellos (Valera 2009: 313).

No se citan en las crónicas de este monarca otras embajadas distintas de las dos promovidas para entrevistarse con el Gran Tamerlán: la primera encabezada por Hernán Sánchez de Palazuelos y, la más importante, protagonizada por Ruy González de Clavijo. Pero lo relevante del texto de Valera es que viene a confirmar la creencia a finales del siglo xv de que Enrique III de Castilla había enviado “caballeros de su casa” también en busca del Preste Juan, señor de las Indias, de manera que el padre de Juan II se sumaba a la lista de quienes habían procurado hallar el paradero de tan poderoso y enigmático monarca.

Información similar a la de Valera es la que leemos en el *Compendio Historial* de Diego Rodríguez de Almela, que también se refiere al envío por parte de Enrique III de emisarios a muchos reinos lejanos, entre ellos al reino del Preste Juan<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> Una nota marginal del manuscrito 2037 de la Universidad de Salamanca, fechado por su editora hacia 1490 (Herrera 1993), recoge la misma leyenda en una versión de la historia de los magos. Como en la obra de Hildesheim, se presenta a los tres magos de Oriente reinando respectivamente en «las tres Indias»: Melchor reinó en la primera India (rey de Arabia y de Nubia), Baltasar en la segunda (rey de Godolia y de Saba) y Gaspar en la tercera (rey de Tarsis y de Ínsula y Grísula). Pues bien, después de que santo Tomás les elevara a la categoría de arzobispos y de que muriera martirizado, nombraron en recuerdo del apóstol al patriarca Tomás «que en lo espiritual los instruyese, al cual como a Santo Padre obedeciesen en todo».

<sup>41</sup> Se refiere así al soldán de El Cairo, a Tamerlán y al sultán turco Murad. Si Enrique III (1390-1406) hubiera enviado mensajeros a entrevistarse con Murad I (1383-1389) hubiera sido después de muerto; sería igualmente imposible que los enviase a la corte de Murad II, pues el mandato de este sultán se iniciaría en 1421.

<sup>42</sup> El *Compendio historial* se ha conservado inédito hasta la reciente edición de Concepción Armenteros Lizana (Rodríguez de Almela 2000), por lo que su difusión no es comparable a la de la *Valeriana*. El final de la redacción del *Compendio Historial* se fecha hacia 1487, pero seguramente empezó a confeccionarse antes que la *Valeriana*, así que ambas crónicas pudieron elaborarse en años coincidentes. Si la información sobre Enrique III no procediera de una fuente anterior a ambas obras, es probable que Valera tomara la información de Rodríguez de Almela, pues este nos ofrece un discurso con algunos datos que faltan en la *Valeriana*. Lo que nos importa ahora, al margen de la originalidad de cada cual, es la creencia, bien asentada en la corte de los Reyes Católicos, de la posibilidad de encontrar al fabuloso Preste Juan.

También es obra histórica el *Libro de las bienandanzas y fortunas*, redactado por Lope García de Salazar entre 1471 y 1476, donde aparece nombrado el Preste Juan junto con Gog y Magog, las amazonas, el gran Tamerlán y otros personajes históricos, cuando nos describe en el libro primero los países que integran Asia, pero no podemos detenernos en comentar este testimonio.

Quedarían incompletas las ideas sobre la figura del Preste Juan en el siglo xv castellano sin referirnos a los tratados de armería o blasones de armas, que en Castilla tuvieron un importante cultivo desde finales del siglo xiv<sup>43</sup>. El profesor Ladero Quesada destacó la importancia de las imágenes colectivas que el *rey de armas*<sup>44</sup> ofrece a la nobleza, o a quien aspiraba a entrar en ella, en estos libros a medio camino entre la heráldica y la genealogía de la época de los Reyes Católicos. Son obras que ofrecen un patrón descriptivo similar, ya que van siempre de los linajes más importantes a los más recientes. Ladero se detiene en la información que ofrecen sobre el Preste Juan «porque es un personaje por el que los medievalistas, conscientes de su tradición historiográfica, deberían guardar siempre especial consideración y reverencia»<sup>45</sup>.

No hay duda de que el Preste Juan debió de ocupar un lugar privilegiado en la historiografía de la época. Así que a nadie debe extrañar que

el 30 de abril de 1492, la cancellería de los Reyes Católicos expedía unas credenciales que su enviado Cristóbal Colón habría de entregar, al parecer, al Gran Kan de Catay, al Preste Juan y al descendiente, musulmán por supuesto, de Tamerlán. Se entiende perfectamente que los Reyes Católicos hayan pedido la ayuda del Gran Kan, por lo que se imaginaba de su benevolencia hacia el cristianismo. Más extraña es la presencia del segundo destinatario, el Preste Juan, por lo que hemos

<sup>43</sup> El frontispicio del manuscrito Z del *Libro del conocimiento*, copia aragonesa de la segunda mitad del siglo xv, representa presumiblemente a Juan II en su trono recibiendo este libro en que el Preste Juan y la ruta africana para llegar a él reciben un tratamiento especial. Véanse al respecto los estudios y la edición del mismo en Lacarra *et al.* (1999).

<sup>44</sup> Se daba el nombre de «rey de armas» al título que al final de la Edad Media los reyes otorgaban a los caballeros más cualificados para registrar los blasones y los atributos heráldicos de la nobleza más distinguida.

<sup>45</sup> Entre los que se conservan en la Real Academia de la Historia, el orden de los componentes es este:

<sup>1)</sup> Incluyen al principio un *tratado de blasón de armas* explicando su origen. 2) Se dedica una parte a las armas de todos los reyes y príncipes del mundo conocido, entre los que el Preste Juan suele ocupar el primer lugar. 3) Se ofrece un resumen de la historia de España desde sus orígenes más remotos. 4) Se ordenan los linajes nobles por orden de importancia. 5) Se intercalan a veces resúmenes históricos de los principales reinos y a veces de las Órdenes Militares (Ladero Quesada 1994: 222-223). El primero de los textos que nos ofrece Ladero Quesada (1994: 228-230) es el contenido en el *Libro de los linajes más principales de Hespaña* (RAH *Colección Salazar*, 9/267, ff. 1-2) donde se cuenta el origen del Preste Juan según la obra de Hildesheim con origen en la magos de Oriente y el apóstol Tomás. El segundo (c. Salazar 9/271, ff. 262-265), de hacia 1520, pertenece al *Recogimiento de nobleza*, tratado que se atribuye a alguien apellidado Castilla, rey de armas de los Reyes Católicos y Carlos V (Ladero Quesada 1996).

dicho de la certidumbre, en aquel entonces, de su localización africana; eso se explica por la creencia de que las Indias etiópicas abarcaban no sólo el África negra, sino también parte de Asia (Milhou 1998, p. 143).

## 8. VÍNCULOS FAMILIARES Y RIVALIDAD POLÍTICA ENTRE LOS REINOS DE ARAGÓN, CASTILLA Y PORTUGAL

Llegados a este punto, debemos recordar las estrechas relaciones familiares y políticas entre los reyes e infantes de los tres principales reinos peninsulares. Las hostilidades entre ellos, característica de este período, se vieron estimuladas paradójicamente por los vínculos matrimoniales, que siempre fueron propiciados como fuente generadora de derechos hereditarios, pero que también posibilitaron un buen número de encuentros festivos y de intercambios de información. No debe cabernos la menor duda de que la búsqueda del Preste Juan, tema de la más alta política, debió de ser uno de los considerados de mayor enjundia en las cortes de la Península.

En Castilla, tras los fallecimientos del tío de Juan II, Fernando I de Antequera (1416), y de su madre Catalina de Lancaster (1418), se abrió un nuevo escenario político en sus relaciones con Aragón que duraría al menos hasta la batalla de Olmedo. Los lazos familiares entre ambas coronas se verían aún más reforzados tras el enlace matrimonial del heredero aragonés, don Alfonso, en 1415 con su prima, la infanta castellana María; el del rey de Castilla Juan II, en 1418, con su prima, la infanta aragonesa María; y en 1420, la boda del infante don Enrique de Aragón y Catalina de Castilla, hermana de Juan II. De esta manera, las posiciones políticas de los hijos de Fernando de Antequera se veían sólidamente afianzadas en Castilla desde el punto de vista familiar y político, al ser nombrados los infantes Sancho y Enrique maestros de las órdenes de Alcántara (1408) y Santiago (1409) respectivamente; y también desde el punto de vista económico al ser los Infantes de Aragón señores de importantes y ricos enclaves urbanos como Medina del Campo, Peñafiel, Olmedo o Cuéllar, que les garantizaban los recursos económicos necesarios para ganarse apoyos y fidelidades en Castilla.

Las rivalidades y continuas relaciones diplomáticas entre Castilla y Aragón llenaron buena parte del reinado de Juan II por mucho que, tras la derrota definitiva de los infantes de Aragón en la batalla de Olmedo (1445), las relaciones diplomáticas y políticas entre ambos reinos se sosegaran notablemente. Comenzaron entonces relaciones más intensas con Nápoles, conquistado por Alfonso de Aragón en 1442<sup>46</sup>.

---

<sup>46</sup> Cabe recordar que fueron muchas las embajadas castellanas dirigidas hacia Italia con la intención de ratificar acuerdos o firmar alianzas, país en que las visitas de las embajadas abisinias eran relativamente frecuentes y, por tanto, el deseo de entablar alianzas con el reino del Preste Juan. También fueron numerosas las embajadas castellanas enviadas a los concilios

El reino portugués también fue un frente diplomático y político muy activo durante el reinado de Juan II de Castilla. Este monarca era sobrino de Juan I de Portugal (1357-1433) y primo carnal de don Duarte (1391-1438), (sucesor de Juan I con el nombre de Eduardo I y padre de su heredero Alfonso V), del infante don Pedro (1392-1449), duque de Coímbra (protagonista del *Libro* que nos ocupa) y de Enrique el Navegante (1394-1460). Juan II mantuvo mejores relaciones con Portugal que con Aragón, llegando a pedir ayuda en varias ocasiones y especialmente en 1445 para hacer frente a los Infantes de Aragón. Fallecida su esposa María de Aragón en 1445, Juan II se casó con Isabel de Portugal, la madre de Isabel la Católica, en 1447 y las relaciones siguieron siendo amistosas con su sucesor Enrique IV, quien en 1455 se casó en segundas nupcias con Juana de Portugal para asegurar su alianza con el país vecino (Cañas Gálvez 2010: 707-710).

Por otro lado, las relaciones matrimoniales entre miembros de las familias reales de Portugal y de Aragón pudieron servir como catalizadores de ese interés por conseguir localizar al rey sacerdote en sus dominios africanos y lucir los logros respectivos. Por ello, no podemos olvidar que el infante don Pedro de Portugal, al regreso de sus andanzas por Europa, contrajo matrimonio con Isabel de Urgel, hija del conde de Urgel Jaime II, el 12 de septiembre de 1428, en Alcolea de Cinca (actual provincia de Huesca), motivo por el que su hijo, el Condestable don Pedro, pudo reclamar años después el título de conde de Barcelona. Pocos días más tarde, Eduardo I de Portugal, hermano de Enrique el Navegante y del infante don Pedro, que sería rey desde 1433 a 1438, contrajo matrimonio con la infanta Leonor de Aragón el 22 de septiembre de 1428 en el monasterio de Santa Clara de Coímbra. Como es lógico, pudieron darse muchas ocasiones propicias para que los cortesanos de Aragón y Portugal intercambiaran al más alto nivel informaciones y proyectos relativos al Preste Juan (Russell 2000).

## 9. ALGUNAS CONCLUSIONES

De lo dicho hasta aquí se desprenden algunas ideas que ayudan a comprender mejor el significado del *Libro del infante don Pedro de Portugal*. La materia literaria que nos presenta la obra poco tiene que ver con la aventura viajera del infante portugués y mucho menos las relaciones del monarca castellano Juan II con el Preste Juan, tan sutilmente urdidas en la obra. De hecho, contrasta la importancia relativa de este personaje fabuloso en las cortes de Portugal y Aragón de la primera mitad del siglo XV, con el total silencio del *Libro del infante* sobre esta

---

de Pisa (1409), Constanza (1414-1417), Basilea (1433-1437) o Florencia (1438-1439), en los que estuvieron presentes emisarios etíopes.

materia. Así pues, en la obra debemos valorar tanto lo que se dice como lo que se calla, pues solo en una obra literaria tan propagandística como esta podía producirse una metamorfosis literaria tan radical.

Hoy ya no duda nadie que el *Libro del infante* fue concebido como un instrumento propagandístico para rehabilitar el buen nombre del infante don Pedro tras su muerte en Alfarrobeira como traidor. Junto a este propósito de tipo personal, el *Libro* tiene un alcance político indudable en la defensa y promoción del reino de Castilla, y en especial de su rey Juan II, al reivindicar su preeminencia peninsular en las relaciones con el legendario Preste Juan, asunto de la más alta relevancia política a mediados del siglo xv. Este homenaje al rey castellano es coherente con las buenas relaciones que mantuvieron con el rey castellano tanto el infante don Pedro de Portugal, como su hijo el Condestable del mismo nombre, quien presumiblemente alentó y propició la composición de la obra. Todo esto se confirma al comprobar que la figura del Preste Juan en el *Libro del infante* coincide estrechamente con la imagen más esplendorosa y opulenta del rey legendario, la que se divulgó mediante su célebre *Carta*, el *Libro del conocimiento* y, sobre todo, el *Libro de las maravillas del mundo*, de Mandevilla, obras que ya eran conocidas en la corte castellana y en el resto de los reinos ibéricos. Junto con la enumeración de virtudes, poderes, riquezas y maravillas, el *Libro del infante* sitúa el reino del Preste Juan en los confines del Paraíso Terrenal, a cuyas puertas llegan los viajeros de las obras mencionadas, al igual que los peregrinos que acompañan al infante don Pedro. Se exhibe, pues, la imagen más sorprendente, tradicional y tópica del personaje legendario, en contraste con la imagen del soberano de Etiopía que se iba divulgando tras los avances concretos de Enrique el Navegante y, sobre todo, de Alfonso el Magnánimo.

En ese encuentro del infante portugués con el Preste Juan debemos destacar la emotiva despedida y los buenos deseos dedicados por el Preste Juan al rey castellano en el momento de pasar a la otra vida y de presentarse ante Dios en el último juicio. Estoy convencido de que esa escena final, cargada de complicidad y sentimiento, debemos interpretarla como un homenaje al rey castellano tras su paso a la otra vida el 21 de julio de 1454 promovido, como el resto de la obra, por el Condestable don Pedro, el hijo del infante don Pedro.

El rey Juan II de Castilla, al ser nombrado siempre como «el rey león de España», adquiere un lugar preeminente en la obra, y no solo por este apelativo, sino también porque el infante y sus doce acólitos, reflejo simbólico de Jesús y sus apóstoles, son recibidos con los brazos abiertos en cada escala del viaje por todos los gobernantes de Oriente, como consecuencia de haber mantenido cada mandatario las mejores relaciones diplomáticas con el rey castellano. En contraposición a este trato preferente, en el *Libro del infante* no se menciona en ningún momento



el reino de Aragón y tampoco se vuelve a nombrar el reino de Portugal, una vez que el infante obtiene la licencia para viajar de su padre el rey portugués. Y todo ello a pesar de que el protagonista, don Pedro, había sido reputado viajero en sus años jóvenes como perteneciente a la familia real portuguesa y, además, el regente del país durante la minoría de edad de su sobrino Alfonso V.

Así pues, el *Libro del infante* proclamaba implícitamente que Juan II de Castilla y el infante don Pedro, primos carnales, habían llegado mucho más lejos en su trato con el Preste Juan que el otro primo del rey castellano, Alfonso el Magnánimo, que podía presumir de haber intercambiado varias embajadas con el «auténtico» Preste Juan, el *negus* de Etiopía. En contraposición, quedaban ninguneados los intentos por encontrar el reino del Preste Juan de Enrique el Navegante, hermano del infante don Pedro, que le fue contrario en la jornada de Alfarrobeira. Por todo ello, la pugna entre Aragón y Portugal por dar con el paradero del Preste Juan y entablar relaciones con él justificaba muy bien, en términos propagandísticos, dar la vuelta a la historia y consagrar a Juan II de Castilla en el *Libro del infante don Pedro de Portugal* como el único destinatario de la carta del Preste Juan.

En un guiño al pasado, este homenaje a Juan II quedaba reforzado en el *Libro del infante* cuando don Pedro y sus doce caballeros eran recibidos de forma excepcional por el Tamurbeque (o Tamerlán), precisamente por ser vasallos de Juan II, el nuevo rey castellano, ya que esta recepción del jefe turcomongol superaba con mucho en esplendor y riqueza a la que una generación anterior había ofrecido a los emisarios de su padre Enrique III y quedaba recogida en la *Embajada a Tamerlán*.

En confirmación de todo lo dicho, el *Libro del infante* no fue solo una operación intelectual para rehabilitar la memoria del infante don Pedro, el duque de Coímbra; fue también un texto encaminado a posicionar al reino castellano por delante de los vecinos en un asunto tan particular de la política exterior como era entablar relaciones con el Preste Juan. Dicho texto no fue el único en destacar esas relaciones, pues el mismo interés se aprecia en la mención del Preste Juan en el *Cancionero de Baena* al lado de los personajes más sabios de la Historia como asesores de Juan II; y el mismo mensaje se desprendía de los libros de armas que se pasaban de mano en mano los nobles castellanos de la segunda mitad del siglo xv, donde el escudo y las armas del Preste Juan encabezaban todos estos armoriales junto a los del reino castellano.

Y por último, pero no menos importante: este empeño propagandístico castellano se extiende a los primeros años del reinado de los Reyes Católicos y a la generación anterior a Juan II, como hemos visto en los textos de Diego de Valera y Rodríguez de Almela, al postular que Enrique III de Castilla había enviado embajadas para entrevistarse también con el Preste Juan, con lo que a este monarca castellano se le concedía

una clara prelación en la búsqueda del fabuloso rey sacerdote, mucho antes de que los aragoneses y portugueses se involucraran en tan singular empresa.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AZNAR, Eduardo; CORBELL, Dolores y TEJERA, Antonio (2012), *La Crónica de Guinea. Un modelo de etnografía comparada*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- BAQUERO MORENO, Humberto (2011-2013), «Don Pedro Duque de Coímbra», en *Diccionario Biográfico Español*. Real Academia de la Historia [en línea].
- BESHAH, Girma y WOLDE AREGAY, Morid (1964), *The Question of the Union of the Churches in Luso-Ethiopian Relations (1500–1632)*. Lisboa: Junta de Investigações do Ultramar/Centro de Estudos Históricos Ultramarinos.
- CAÑAS GÁLVEZ, Francisco de Paula (2010), «La diplomacia castellana durante el reinado de Juan II: La participación de los letrados de la Cancillería Real en la embajadas regias», *Anuario de Estudios Medievales*, 40/2, pp. 691-722.
- CARDINI, Franco (2001), *Los Reyes Magos. Historia y leyenda*. Barcelona: Península.
- CHIMENO DEL CAMPO, Ana Belén (2011), *El Preste Juan en los libros de viajes de la literatura española medieval*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- CORREIA, Margarida Sérulo (2000), *As viagens do Infante D. Pedro*. Lisboa: Gradiva.
- DEYERMOND, Alan D. (2007), «Leones y tigres en la literatura medieval castellana», en Armando López Castro y Luzdivina Cuesta Torre (coords.), *Actas del XI Congreso Internacional de la AHLM (Universidad de León, 20 al 24 de septiembre de 2005)*. León: Universidad de León, vol. 1, pp. 41-63.
- DUTTON, Brian y GONZÁLEZ CUENCA, Joaquín (eds.) (1993), *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*. Madrid: Visor.
- FALCHETTA, Piero (2006), *Fra Mauro's World Map. A History*. Rimini (Italia): Imago. En línea: <[https://www.academia.edu/36100413/Fra\\_Mauros\\_World\\_Map\\_pdf](https://www.academia.edu/36100413/Fra_Mauros_World_Map_pdf)> [consulta: 16/04/2024].
- GARCÍA SÁNCHEZ, Enrique (2010), «Libros de viaje en la península ibérica durante la Edad Media: Bibliografía», *Lemir*, 14, pp. 353-402.
- GAYANGOS, Pascual de (1857), *Catálogo de libros de caballerías*. Madrid: Rivadeneyra (Biblioteca de Autores Españoles. Tomo XLVII).
- GÓMEZ REDONDO, Fernando (2002), *Historia de la prosa medieval castellana*, III. Madrid: Cátedra.
- GONZÁLEZ ROLÁN, Tomás (2014), «Viaje imaginario y utopía: La difusión de la Carta del Preste Juan en la España de siglo xv», *Revista de Estudios Latinos*, 14, pp. 97-117.

- GOSMAN, Martin (1982), *La Lettre du Prêtre Jean. Les versions en ancien français et en occitan, Textes et commentaires. Edition d'après les manuscrits connus*. Groningen: Bouma's Boekhuis.
- HERRERA, Teresa (1993), *Historia de los Reyes Magos: manuscrito 2037 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca*. Salamanca: Ediciones de la Universidad.
- HILDESHEIM, Juan de (2002), *El libro de los Reyes Magos*. Madrid: Ediciones Encuentro. [Ed. original: Alfonso María de Nola, trad. (1966), Giovanni di Hildesheim, *La storia dei Re Magi*. Firenze: Vallecchi; nueva edición, Roma: Newton Compton, 1980].
- LACARRA, M.<sup>a</sup> Jesús; MONTANER, Alberto y LACARRA, M.<sup>a</sup> Carmen (eds.) (1999), *Libro del conocimiento. Edición facsimilar del ms. Z, con transcripción, estudios preliminares e índices de...* Zaragoza: Institución Fernando el Católico (CSIC).
- LACARRA, M.<sup>a</sup> Jesús (2002), «*Libro del conocimiento*», en *Diccionario filológico de Literatura Medieval española*. Madrid: Castalia, pp. 777-780.
- LACARRA, M.<sup>a</sup> Jesús (2022), «El *Libro del Infante don Pedro de Portugal*: de la princeps a los pliegos decimonónicos», en Constance Carta y Abraham Madroñal (eds.), *De los cantares de gesta a los cantares de ciego (Una historia de reelaboraciones entre oralidad y escritura)*. New York: IDEA, pp. 145-160. En línea: <[https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/65712/1/8\\_Batihoja85\\_Lacarra.pdf](https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/65712/1/8_Batihoja85_Lacarra.pdf)> [consulta: 16/04/2024].
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1994), «El Preste Juan de las Indias y los reyes de armas castellanos del siglo XVI», en *Medievo Hispano. Estudios in memoriam del Prof. Derek W. Lomax*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Medievales, pp. 221-234. En línea: <<https://medievalistas.es/wp-content/uploads/attachments/00214.pdf>> [consulta: 16/04/2024].
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (2006), «Fray Gonzalo de Arredondo, cronista de Enrique III, Juan II y Enrique IV de Castilla. Texto inédito», *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 16, pp. 271-288. En línea: <<https://revistas.um.es/medievalismo/article/view/51021/49151>> [consulta: 16/04/2024].
- LAMA, Víctor de (2021), «Las peregrinaciones musulmanas a La Meca vistas por peregrinos cristianos a Tierra Santa (siglos XVI y XVII)», *Sémata: Ciencias Sociais e Humanidades*, 33, pp. 1-24. En línea: <<https://revistas.usc.gal/index.php/semata/article/view/7935>> [consulta: 16/04/2024].
- LAMA, Víctor de (2024), «¿Podía el Preste Juan detener o desviar las aguas del Nilo? Fortuna de una leyenda medieval en la Península Ibérica a lo largo de los siglos XVI y XVII», *Mélanges de la Casa de Velázquez, Nouvelle Serie*, 54/1, pp. 183-208. En línea: <<https://journals.openedition.org/mcv/21372>> [consulta: 16/04/2024].
- MAGNIER, Grace (1999-2000), «Millenarian Prophecy and the Mythification of Philip III at the time of the expulsion of the Moriscos», *Sharq al-Andalus*, 16-17, pp. 187-209.
- MASPOCH BUENO, Santiago (1995), «Leones y leonas en el *Cancionero de Baena*», en Juan Paredes (ed.), *Medioevo y Literatura, Actas del V*

- Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval. III (Granada, 27 de septiembre – 1 de octubre de 1993)*. Granada: Universidad pp. 287-309.
- MARINESCU, Constantin (1994), *La politique orientale d'Alfonse V d'Aragon, roy de Naples (1416-1458)*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans.
- MARQUÉS, José (2001), «Humberto Moreno, historiador», *Medievalismo*, 11, pp. 303-317.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1905), *Orígenes de la novela*, vol. I, cap. VII. Madrid: Librería Editorial de Bailly Bailliére e hijos, pp. 352-411.
- MILHOU, Alain (1998), «América frente a los sueños orientales (1492-principios del siglo XVII)», en Joseph Pérez (ed.), *España y América en una perspectiva humanística. Homenaje a Marcel Bataillon*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 141-211.
- MONTANER, Alberto (1999), «El Libro del conocimiento como libro de armería», en M.<sup>a</sup> Jesús Lacarra, Alberto Montaner y M.<sup>a</sup> Carmen Lacarra, eds. (1999), *Libro del conocimiento. Edición facsimilar del ms. Z*, con transcripción, estudios preliminares e índices de... Zaragoza: Institución Fernando el Católico (CSIC), pp. 43-75.
- PANKHURST, Richard (2000), «Ethiopia's alleged control of the Nile», en Haggaï Erlich y Israel Gershoni (eds.), *The Nile: Histories, Cultures, Myths*. Boulder (Colorado, USA)/London: Lynne Rienner Publishers, Inc., pp. 25-37.
- RODRÍGUEZ DE ALMELA, Diego (2000), *Compendio Historial*, Concepción Armenteros Lizana (ed.). Murcia: Asamblea Regional de Murcia/Real Academia Alfonso X.
- ROGERS, Francis M. (1960), «Union between latin and eastern Christian and the overseas expansion of the Portuguese», *Actas III Colóquio Internacional de Estudos Luso-Brasileiros. Lisboa, 1957*. Lisboa: Comissão Organizadora/Instituto de Alta Cultura/Junta de Investigações do Ultramar, vol. II, pp. 148-163.
- ROGERS, Francis M. (1961), *The travels of the Infante Dom Pedro de Portugal*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press.
- ROUMIER, Julia (2014), «El Libro del Infante don Pedro de Portugal: Les fonctions de l'exemplarité religieuse dans un récit de voyage fictif (xv siècle)», en Ghislaine Fournès (ed.), *Exemples et exemplarité en péninsule ibérique*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 167-188.
- RUBÍ I LLUCH, Antoni (1908 y 1921), *Documents per l'Historia de la Cultura Catalana Migeval*, vols. I y II. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans/Palau de la Diputació.
- RUSSELL, Peter (2000), *Prince Henry 'the Navigator' A life*. New Haven/London: Yale University Press.
- SÁNCHEZ LASMARÍAS, Elena (2008), «Edición del Libro del infante don Pedro de Portugal, de Gómez de Santisteban», *Memorabilia*, 11, pp. 1-30. En línea: <<https://parnaseo.uv.es/memorabilia/memorabilia11/PDFs/Portugal.pdf>> [consulta: 16/04/2024].

- SHARRER, Harvey L. (1977), «Evidence of a fifteenth-century *Libro del Infante don Pedro de Portugal* and its relationship to the Alexander cycle», *Journal of Hispanic Philology*, 1, pp. 85-98.
- TAFUR, Pero (2018), *Andanzas y viajes*. Miguel Ángel Pérez Priego (ed.). Madrid: Cátedra.
- VALERA, Diego de (2009), *Edición y estudio de la 'Valeriana' ('Crónica abreviada de España' de Mosén Diego Valera)*. Cristina Moya García (ed.). Madrid: Fundación Universitaria Española.
- ZURARA, Gomes Eanes de (1978), *Crónica dos feitos notaveis que se passavam na conquista de Guiné por mandado do Infante D. Henrique*. Torquato de Sousa Soares (ed.), vol. 1. Lisboa: Academia Portuguesa da Historia.

Recibido: 20/04/2024

Aceptado: 1/10/2024



EL PRESTE JUAN Y EL REY LEÓN DE ESPAÑA EN EL *LIBRO DEL INFANTE DON PEDRO DE PORTUGAL*. CONTEXTOS Y SIGNIFICADO

RESUMEN: La crítica de los últimos años ha considerado el *Libro del infante don Pedro de Portugal* uno de los libros de viajes más interesantes de la literatura castellana medieval. Esto se ha debido sobre todo al descubrimiento de sus estrechas vinculaciones con el contexto histórico en que nació, dentro de un programa literario destinado tanto a enaltecer la vida, los hechos y el recuerdo del infante don Pedro de Portugal (1392-1449), como a rehabilitar su labor política y la honra de sus descendientes. Sin embargo, la crítica académica apenas se ha fijado en la importancia y trascendencia en el libro de las figuras del Preste Juan y del rey Juan II de Castilla, personajes que sustentan la trama junto con el infante portugués y que otorgan al *Libro del infante* un significado político concreto, en especial el homenaje al rey castellano al ser tratado como monarca predilecto del Preste Juan y la preeminencia del reino de Castilla en la búsqueda de su reino.

PALABRAS CLAVE: *Libro del infante don Pedro de Portugal*. Viaje. Infante don Pedro. Preste Juan. Juan II de Castilla. Rey león de España.

PRESTER JOHN AND THE LION KING OF SPAIN IN THE *LIBRO DEL INFANTE DON PEDRO DE PORTUGAL*. CONTEXTS AND MEANING

ABSTRACT: Critics in recent years have considered the *Libro del infante Don Pedro de Portugal* one of the most interesting travel books in medieval Castilian literature. This has been due above all to the discovery of his close links with the historical context in which he was born, within a literary program aimed at both exalting the life, events and memory of the infante Don Pedro of Portugal (1392-1449), as well as to rehabilitate their labor policy and the honor of their descendants. However, academic criticism has barely paid attention to the importance and significance in the book of the figures of Prester John and King John II of Castile, characters who support the plot along with the Portuguese infante and who give the *Libro del infante* a concrete political meaning, especially the tribute to the Castilian king when he was treated as Prester John's favorite monarch and the preeminence of the kingdom of Castile in the search for his kingdom.

KEYWORDS: *Libro del infante don Pedro de Portugal*. Travel. Infante Don Pedro. Prester John. John II of Castile. Lion King of Spain.